

ELENA GARCIA GUITIAN

Pluralismo, conflicto y nacionalismo: aproximación al pensamiento de Isaiah Berlin

*Isaiah Berlin se ha convertido en un autor de máxima actualidad desde que los acontecimientos de finales de los años 80 subrayaran la vigencia de su pensamiento. Berlin aborda temas muy diversos –determinismo, libertad, nacionalismo, metodología, entre otros–, desde una perspectiva encuadrable en la tradición liberal. A modo de presentación de la entrevista realizada a este pensador por Nathan Gardels y que **Papeles** ofrece a continuación del presente artículo, se analizan aquí algunos aspectos esenciales de su ideario –cuyo núcleo central se sitúa en una visión del mundo y de la naturaleza humana pluralista–, y se hace una referencia especial a su comprensión del nacionalismo.*

Por lo menos hasta hace unos años, *sir* Isaiah Berlin no ha formado parte de ese grupo de grandes pensadores conocidos fuera del ámbito estrictamente académico a los que se acude para preguntarles de qué manera y hacia dónde marcha el mundo. Por ello, aunque algunos de sus ensayos políticos como *Dos conceptos de libertad*, o históricos como *De Maistre y los orígenes del fascismo* o *La originalidad de Maquiavelo* son verdaderos clásicos, ha sido al final de los años 80 cuando ha comenzado a aparecer con cierta frecuencia en la prensa en entrevistas sobre temas de actualidad y, en consecuencia, a ser conocido por el gran público.

Elena García Guitián es profesora asociada de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid.

Esta nueva popularidad es, por un lado, resultado involuntario de la pereza confesada que siente ante la idea de escribir académicamente, que contrasta con su entusiasmo por la conversación informal. De ahí esa tendencia a conceder entrevistas (que suelen tener mayor difusión entre un público más amplio) frente a sus evasivas a la hora de aceptar escribir artículos. Pero también se debe al hecho de que, después de los acontecimientos políticos sucedidos a finales de la década pasada, sus planteamientos básicos, encuadrables dentro de la tradición liberal, han cobrado una rabiosa actualidad.

Al asomarnos por primera vez a su obra, nos encontramos, aparentemente, ante un ensayista que toca temas muy dispares (determinismo, libertad, nacionalismo, problemas metodológicos, música...), no siempre claramente conectados unos con otros, y no ante un autor sistemático que presenta una teoría completa sobre una visión del mundo o de alguno de sus aspectos y que es fácilmente identificable con ella. A esto hay que añadir el hecho de que en sus escritos no realiza nunca un análisis exhaustivo de las cuestiones que aborda, ni tampoco se apuntan recetas finales, lo que produce cierta sensación de vaguedad y falta de profundidad. Parece ofrecernos únicamente un muestrario de ideas ricamente dibujadas, en el que se señalan sus probables orígenes y las consecuencias que de ellas se han derivado.

Sin embargo, esta primera impresión se desvanece en cuanto se avanza mínimamente en la lectura de su obra: hay temas recurrentes que aparecen en el análisis de materias muy distintas, y que están unidos por un hilo conductor escogido *a priori* de forma intencionada tal que nos permite apreciar la existencia de una teoría coherente que subyace.

El núcleo central de su pensamiento está situado en una visión del mundo y de la naturaleza humana pluralista. La única característica o esencia permanente de los hombres es, para Berlin, su capacidad de elegir sus propios fines, que son muy diversos, y que implica, inevitablemente, la necesidad de que exista libertad de elección. Partiendo de esta idea básica, el ideario de Berlin constituye en conjunto un ataque frontal a algunas de las más firmes convicciones que engrosan la principal tradición filosófica occidental, que él denomina "racionalista".¹ Esta tradición engloba teorías muy distintas pero que coinciden en incorporar una idea de los hombres como poseedores de una naturaleza rígida e inalterable (sean cuales sean sus rasgos definitorios) y perseguidores de metas comunes universales (que pueden ser también muy diferentes).²

1 Este ataque se ha generalizado en los últimos años y parece que a él se ha sumado gran parte de la comunidad intelectual, pero en la época en que Berlin lo inicia distaba mucho de poder contar con efectivos suficientes para alcanzar algún triunfo, lo cual resulta ciertamente meritorio.

2 La crítica de Berlin a la tradición racionalista se centra en su carácter monista, basado en tres dogmas que constituyen el núcleo común de teorías que, en lo demás, son absolutamente diferentes: a) que todas las auténticas cuestiones —sobre hechos o valores— sólo tienen una respuesta verdadera; b) que esas respuestas verdaderas pueden, en determinadas circunstancias, llegar a ser conocidas; c) que no pueden chocar entre sí pues forman parte de un todo en el que encajan armónicamente.

Un ataque feroz contra estas formas de ver el mundo es uno de los elementos constantes de la obra de Berlin, y lo realiza básicamente mostrando los resultados más perniciosos que de las posturas racionalistas se han derivado a lo largo de la historia. Porque de un planteamiento que parte de la existencia de una naturaleza objetiva del hombre y de las cosas que es cognoscible una vez se dispone de los medios adecuados, inevitablemente se deriva que lo racional sería actuar de acuerdo con los resultados de esos descubrimientos.

Asimismo, los que hayan alcanzado ese conocimiento estarían legitimados, a su vez, para convencer a los demás para que accedieran al mismo nivel, incluso mediante la fuerza. Verdad no hay más que una y los que no actúan conforme a las directrices que de ella se derivan es porque, o son ignorantes, o están demasiado dominados por sus propias bajas pasiones, y en ese caso estaría justificado contribuir a su progreso, incluso en el caso de que manifestaran expresamente su oposición.

La conexión de la idea de autonomía humana con la de autorrealización racional inevitablemente degenera en la conclusión de que sólo hay una manera correcta de vivir y conduce sin remedio al paternalismo y al despotismo. Y ésto precisamente constituiría una negación de lo que para Berlin es más humano: la capacidad de cada uno para determinar su propia vida.

En esa perspectiva es donde hay que situar su, a veces sorprendente, crítica a la Ilustración. Para Berlin, las ideas ilustradas fueron origen de uno de los períodos más liberadores de la historia de la humanidad, pero se basaron en ciertas presunciones –universalismo, existe una verdad cognoscible mediante la razón, el conocimiento libera, se encontrarán soluciones científicas a todos los problemas, es posible alcanzar una sociedad en la que todos los valores coexistan pacíficamente, etc.– que *a posteriori* demostraron tener consecuencias devastadoras y opresoras.³ En esto el autor coincide con las tendencias que en la actualidad parecen predominar –las postmodernas– y que parten del rechazo de muchos de los presupuestos ilustrados aceptados por las principales tradiciones del pensamiento occidental, rechazo que, sin embargo, tiene como punto de partida esos mismos presupuestos.⁴

La importancia de esta cuestión en el pensamiento de Berlin se refleja claramente en el criterio de selección de los autores que son analizados en sus ensayos: aquellos que contribuyeron a minar los pilares del racionalismo monista occi-

³ Aunque afirma que el sueño central de la Ilustración –la idea de que las técnicas científicas se podrían aplicar a los asuntos humanos para mejorar la sociedad y curar los males de los hombres– ha demostrado ser una ilusión, también señala que los daños que causó fueron menos graves que los originados por las teorías del siglo XIX que criticaron los presupuestos ilustrados. Por ello, a pesar de sus errores, Berlin afirma refiriéndose a los filósofos de la Ilustración: "Su generación constituye uno de los mejores y más esperanzadores episodios de la vida del género humano". Isaiah Berlin, *The Age of the Enlightenment*, Oxford University Press, Oxford, 1979, p. 29.

⁴ Uno de los debates actuales en la Filosofía se centra en si la deconstrucción que realizan las posturas postmodernas parte de los propios presupuestos ilustrados o si ya los ha superado.

No todo vale, hay límites y existe la posibilidad de emitir juicios morales. Estas limitaciones tienen su origen en la propia naturaleza humana.

dental, como Maquiavelo, Vico o Herder.⁵ Estos pensadores contracorriente fueron los primeros en señalar sus falacias y apuntar las desviaciones más perniciosas que de ellos se derivaban. No sólo no hay una naturaleza humana o unos valores objetivos, cabe concluir de sus posicionamientos, sino que los fines y valores últimos, reconocidos como humanos, pueden colisionar. La idea utópica de que sería posible en el futuro alcanzar una sociedad armónica –derivada de las premisas racionalistas que se han apuntado– es falaz e incoherente intelectualmente, pues la experiencia histórica nos muestra que las convicciones más profundas de los hombres pueden ser incompatibles y excluyentes en relación con otras igualmente válidas. El conflicto es, entonces, inherente a la vida humana.

Ni racionalismo ni relativismo

Si Berlin reconoce que la esencia más profunda de los seres humanos es su capacidad para elegir sus propios fines –hecho en el que reside su propia dignidad– y que estos últimos son muy diversos, igualmente legítimos, pero es probable que choquen entre sí, ¿no está suscribiendo una postura relativista, el todo vale porque no hay un criterio desde el que enjuiciar los diferentes puntos de vista?

Aquí es donde insiste constantemente en que su planteamiento pluralista es distinto conceptualmente de los encuadrables dentro de las perspectivas relativistas. No todo vale, hay límites y existe la posibilidad de emitir juicios morales. Estas limitaciones tienen su origen en la propia naturaleza humana.

Los fines y valores que dirigen la conducta de los hombres son muy diversos; sin embargo, aunque constituyen un amplio espectro, no son infinitos. Somos capaces de considerar como humanas conductas, ideas o valores que son muy distintos de los nuestros, pero todo lo que sobrepase determinados lindes entra a formar parte de lo no humano. Por eso habla de fines humanos objetivos: “aquellos que cualquier ser humano, mediante un esfuerzo de la imaginación adecuado, y aunque estén situados muy bajo en su escala de valores, puede ver como susceptibles de ser perseguidos por los hombres, quizás en sociedades y circunstancias y con inclinaciones muy distintas de las suyas, pero incuestionablemente humanas, esto es, propias de criaturas con las cuales en principio podría conseguir comunicarse, y que mantienen puntos de vista que, *mutatis mutandis*, él puede verse como capaz de mantener”.⁶

Los fines pueden ser radicalmente distintos, incompatibles unos con otros o entrar en conflicto, y no pueden ser ordenados de forma jerárquica, pues no existen estándares absolutos y universales respecto de los cuales emitir juicios de valor. Sin embargo, para Berlin, estos últimos no sólo pueden y deben ser realiza-

⁵ En su artículo "The Pursuit of the Ideal", en *The Crooked Timber of Humanity*, Fontana Press, Londres, 1991 (hay traducción española en Ediciones Península, 1992), Berlin explica el por qué de su selección y las influencias que los diferentes autores fueron ejerciendo en él.

⁶ Isaiah Berlin, "Reply to Robert Kocis", *Political Studies*, 1983, XXXI, p. 390.

dos, sino que además cabe hacerlo desde una base racional, lo que diferencia su postura de forma radical respecto de las visiones relativistas.

Entender no es aceptar, pero para rechazar algo es necesario haber realizado previamente un esfuerzo para imaginar cómo y por qué fue aceptable para un ser humano. Y una vez hecho ésto, deberíamos decidir de acuerdo con las ideas generales que conforman el modo de vida de la sociedad a la que pertenecemos y aquellos valores que han sido sostenidos en sociedades muy distintas a lo largo de amplios períodos de tiempo. Los valores, si no universales, son de alguna forma un mínimo sin el cual las sociedades no podrían sobrevivir. No constituyen un conjunto de normas morales eternas, ni forman un código objetivo que pueda ser aprehendido por medio de la razón, son valores que han sido considerados fundamentales en lugares y épocas distintas, como nos muestra la historia, y por ello intuitivamente los consideramos universales.

El pluralismo se diferencia por tanto del relativismo en que admite la existencia de límites a lo que reconocemos como humano –y, en consecuencia, admisible– e identifica ciertos valores considerados fundamentales, comunes a los seres humanos en cuanto tales, que permiten la comunicación. Todo ello ofrece un criterio mínimo –ni absoluto, ni rígido– para la realización de juicios de valor y la justificación de la existencia de una moralidad.⁷

La aceptación de esa pluralidad de fines y valores y, a la vez, de la existencia de valores universales, se refleja además en su rechazo de la idea de progreso, otro de los pilares del pensamiento ilustrado. En relación con este tema, Berlin asume como propias las ideas de Vico y Herder sobre la diversidad cultural. La historia es una sucesión de culturas que ordenan los valores conforme a un patrón único e irreplicable, posibilitando diferentes modos de vida, pero esta evolución no es necesariamente progresiva, ni tampoco sigue una ruta preestablecida. Las culturas más modernas no son inevitablemente superiores a las anteriores en términos generales, por ello descarta una visión lineal de progreso. Solamente el mayor o menor reconocimiento de los valores universales puede ser utilizado como criterio enjuiciador para establecer grados de civilización.

La visión pluralista que impregna toda su obra también se refleja en sus propuestas políticas más concretas. No es posible alcanzar soluciones finales porque la sola idea de una solución perfecta de los problemas humanos, de encontrar una respuesta a la cuestión de cómo se debe vivir, es incoherente conceptualmente pues las elecciones trágicas son inherentes a la vida humana. Lo único que se puede hacer es intentar que las decisiones sean lo menos dramáticas posible y promover los compromisos entre intereses enfrentados. El objetivo es lograr un equilibrio, que siempre es inestable, entre las aspiraciones de los diferentes grupos que componen una sociedad, intentando fomentar el entendimiento entre

⁷ "Los principios no son menos sagrados porque no se pueda garantizar su duración. (...) Darse cuenta de la validez relativa de las convicciones de uno –ha dicho un admirable escritor de nuestro tiempo– y, sin embargo, defenderlas sin titubeo, es lo que distingue a un hombre civilizado de un bárbaro". Isaiah Berlin, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

ellos. Y para él, es más seguro que se consigan estos fines en una sociedad liberal y democrática, pero de carácter pluralista.⁸

Nacionalismo y romanticismo

En esta introducción tan general quedan irremediadamente descuidados muchos otros temas, no menos importantes, abordados por Berlin: el determinismo, la libertad o los aspectos metodológicos. Pero entre ellos, teniendo en cuenta su actualidad, merece destacarse el análisis del nacionalismo.

En la forma que tiene Berlin de abordar esta cuestión se refleja nítidamente la falta de un pensamiento sistemático, que, sin embargo, al menos en este tema, es absolutamente intencionada. Su objetivo no es ofrecer una explicación total, sino hacer énfasis en la vigencia e importancia del nacionalismo como fenómeno movilizador de masas y mostrar sus conexiones con el movimiento romántico.⁹ Como consecuencia, en los escasos artículos en los que trata el tema, realiza una búsqueda de sus posibles orígenes históricos y muestra su evolución hasta nuestros días, tomando, una vez más, las ideas –no los fenómenos político-socio-económicos– como objeto principal de estudio.¹⁰

El punto de partida de su análisis se sitúa en la creencia de que existe una necesidad humana básica de pertenecer a algún grupo social que históricamente se ha proyectado sobre instituciones y grupos muy variados: familia, clan, tribu, clase, organizaciones religiosas o partidos políticos. Lo importante no es cuál de ellos sea el elegido sino que exista alguno. Pero en esta evolución, cuando la nación ocupa ese lugar, resulta ser el más poderoso foco de lealtades que haya existido nunca, y lo que inicialmente no era más que un sentimiento se articula como una doctrina política coherente con rasgos muy específicos. Es en ese momento y no antes cuando, según Berlin, cabe hablar de nacionalismo en sentido estricto.

En las teorías nacionalistas el objeto del deseo de pertenencia es la nación, entidad que determina el carácter de los individuos y unidad en la que se realiza más plenamente la naturaleza humana. Esta clase de identificación no sería algo novedoso históricamente si no hubiera adquirido una identidad diferenciada resultado de la incorporación de uno de los elementos de la crítica romántica a la Ilustración: el rechazo a la posibilidad de que existan verdades eternas y modos de

⁸ Berlin advierte constantemente sobre los peligros de las posturas liberales racionalistas, que desembocan en paternalismos, y de los peligros de las democracias que se convierten en tiranías de la mayoría.

⁹ En "Nationalism: Past Neglect and Present Power", en *Against the Current*, Clarendon Press, Oxford, 1991, (hay traducción española en Fondo de Cultura Económica, México, 1983, por la que se cita a continuación, p. 438) Berlin afirma: "No soy ni un historiador ni un científico político y así no pretendo ofrecer una explicación de este fenómeno. Sólo deseo proponer un problema e indicar la necesidad de una mayor atención para este particular vástago de la revuelta romántica, que ha afectado decisivamente a nuestro mundo".

¹⁰ Los dos artículos dedicados a este tema son: "Nationalism. Past Neglect ..." y "The Bent Twig: On the Rise of Nationalism" en *The Crooked Timber...*

vida universales. En la visión nacionalista, entonces, la nación impone sus valores como referente absoluto, rechazando cualquier criterio de comparación universalista, actitud que desemboca en *chauvinismo* e, incluso, en actitudes agresivas ante cualquier amenaza potencial.

Así el romanticismo, que en una esfera –la exaltación del héroe individual como artista– resultó ser un movimiento liberador, tuvo consecuencias desastrosas en otras cuando la libertad creativa se atribuyó a movimientos o clases que imponían su voluntad sobre los individuos que los constituían, o a líderes que modelaban a sus seguidores, o, por último, a las naciones que se afirmaban a través de su enfrentamiento con las demás. Es precisamente este elemento agresivo el que acaba caracterizando al nacionalismo, y Berlin enfatiza su conexión directa con el movimiento romántico, del que sería una derivación no deseada.

Este carácter agresivo del nacionalismo, además, lo diferencia de posturas similares como la de Herder, autor al que Berlin tanto admira y con el que básicamente coincide, aún considerándolo padre involuntario de aquél. La idea básica sobre la que Herder construyó su teoría –y que Berlin comparte– es la creencia en la necesidad de pertenecer a una cultura, a un centro de vida. Para Herder, la nación es una de sus posibles manifestaciones, sin que incorpore una esencia inalterable o esté basada en un rasgo como la raza. No tiene carácter político sino cultural. No hay, por tanto, nada de trascendental ni de agresivo en su planteamiento: todas las culturas tienen valor en sí mismas y son inconmensurables. A pesar de sus precauciones, sin embargo, el proceso evolutivo de sus ideas marchó por otro lado y constituyó la base sobre la que se construyó el nacionalismo.

En esta doctrina se recogen, pues, las ideas que el movimiento romántico difundió en la Alemania del XVIII, y que encontraron suelo fértil en el contexto sociopolítico en el que surgieron. En efecto, en esa época se daban en Alemania todos los rasgos que, para Berlin, favorecen la aparición de posturas nacionalistas: procesos de industrialización que transforman los modos de vida tradicionales y generan problemas de articulación de nuevos valores y lealtades; aparición de una élite sensible a actitudes de desprecio respecto a los sentimientos colectivos de su sociedad por parte de otras sociedades u otros grupos sociales, y que necesitan un nuevo foco de lealtad con el que identificarse; existencia de algún factor de cohesión a partir del cual construir la idea de nación, etc. A partir de este momento las ideas nacionalistas fueron recogidas allí donde se dieron condiciones similares y se convirtieron en uno de los gritos de guerra con potencial movilizador de masas más poderoso que ha existido jamás.

Berlin señala también como, a lo largo del siglo XX, a diferencia de lo que esperaban los más importantes pensadores del siglo anterior, la fuerza del nacionalismo ha aumentado al aliarse con otras reivindicaciones como las de clase, raza, o religión.¹¹ Ya no aparece de forma pura y se ha extendido por todo el mun-

Berlin señala también como, a lo largo del siglo XX, a diferencia de lo que esperaban los más importantes pensadores del siglo anterior, la fuerza del nacionalismo ha aumentado al aliarse con otras reivindicaciones como las de clase, raza, o religión.

¹¹ Uno de los puntos que más sorprende a Berlin en relación con los nacionalismos es el hecho de que los pensadores del siglo XIX no hubieran sido capaces de prever la fuerza que tendrían las teorías nacionalistas en nuestro siglo.

do. Pero lo que mantiene en común con el del siglo pasado es que ambos son expresión de un estado de ánimo: el deseo de reconocimiento de aquellos que se sienten oprimidos.

Las diferencias en los nacionalismos de ambos períodos, en cambio, provienen no sólo de la distinta situación histórica sino también del hecho de que los sujetos que experimentan este sentimiento antes y ahora no son los mismos. En nuestro siglo, la imparable expansión del nacionalismo se da en los nuevos estados que han surgido en el mundo gracias a la descolonización, y es también utilizado como arma de combate por minorías dentro de los estados ya constituidos. En ambos casos se trata de grupos con el orgullo herido, sentimiento cuya raíz más profunda hay que situar, según Berlin, en la alienación producida por el funcionamiento actual de las sociedades –toma de decisiones a gran escala por expertos y procesos de burocratización y centralización producto del triunfo de la racionalidad científica– y que buscan ese reconocimiento necesario.

Así, aunque el origen de esta doctrina es comprensible y proviene de una reivindicación legítima, los excesos de su lado oscuro no necesitan ser detallados, pues pueden seguir siendo apreciados en la actualidad. Por eso Berlin aparece sorprendentemente optimista cuando, al final de la entrevista que a continuación presentamos, afirma: “No quiero dejar de creer que no es un sueño utópico un mundo que es un manto multicolor razonablemente pacífico, cada una de cuyas partes desarrolla su propia identidad cultural distintiva y es tolerante con las otras”.

Bibliografía de Isaiah Berlin

La obra de Berlin está compuesta por múltiples ensayos publicados en medios diversos, y por ello algunos son difíciles de obtener. Sin embargo, en los últimos años el editor Henry Hardy ha preparado una detallada bibliografía (publicada al final del libro *Against the Current*) y ha editado en diferentes volúmenes la mayor parte de sus artículos. Así, en forma de libro han aparecido:

- *Karl Marx, His Life and Environment*, Oxford University Press, Oxford, 1987. Primera edición en Thornton Butterwoth, Londres, 1939. Hay traducción española de Roberto Bixio en Alianza Editorial, 1988.
- *The Age of the Enlightenment: The Eighteenth-Century Philosophers*, Oxford University Press, Oxford, 1979. Primera edición en 1956.
- *Four Essays on Liberty*, Oxford University Press, Oxford, 1991. Primera edición en 1969. Hay traducción española en Alianza Editorial, 1988.
- *Vico and Herder*, The Hogarth Press, Londres, 1992. Primera edición en 1976.

Volúmenes editados por Henry Hardy en “Selected Writings”:

- *Russian Thinkers*, The Hogarth Press, Londres, 1978.

- *Concepts and Categories: Philosophical Essays*, Oxford University Press, Oxford, 1980. Primera edición en The Hogarth Press, Londres 1978. Traducción española de Francisco González Aramburo en Fondo de Cultura Económica, 1983.
- *Against the Current: Essays in the History of Ideas*, Clarendon Press, Oxford, 1991. Primera edición en The Hogarth Press, Londres 1979. Hay traducción española de en Fondo de Cultura Económica, 1983.
- *Personal Impressions*, Oxford University Press, Oxford, 1982. Primera edición en The Hogarth Press, Londres, 1980.
- *The Crooked Timber of Humanity: Chapters in the History of Ideas*, Fontana Press, Londres, 1990. Traducción española de José Manuel Álvarez Flórez en Ediciones Península, 1992.